

LA VOZ DE LA CARIDAD

N.º 269.—15 de Mayo de 1881.

*Dios es caridad, (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

SECCION DE BENEFICENCIA.

EN NOMBRE DE LOS POBRES Á... (1).

D.^a A. M. de R.—Los 100 rs. se aplicarán á los desvalidos gemelos, cuya madre está en peligro de muerte por sustentarlos, teniendo para ella, sus otros cuatro hijos y su imposibilitado esposo, tan escaso sustento. Tantos recursos como tienen los pobres en Madrid, segun dicen los que no se ocupan de ellos, por más que se busca, no se encuentra Corporacion ni Asociacion que pague una ama para uno de estos niños, que están mamando la vida de su madre. Si la relacion de esta desgracia impresionara á todos del mismo modo que á usted, estaria remediada; por el alivio que usted le ha proporcionado, reciba mil bendiciones que se conviertan en otros tantos consuelos cuando los necesite su hermoso corazon.

*** Llegaron los 80 rs. enviados por la caridad que se oculta y no se causa, ni los pobres y nosotros de bendecirla y amarla.

D.—La más ardiente caridad, dá la limosna y se ocupa además del socorrido. Esto ha hecho usted enviando á nuestros pobres 8 pares de calcetines hechos por su mano, que así lo atestiguan. Reciba la expresion de su agradecimiento.

SUSCRICION Á FAVOR DE LOS POBRES DE SEVILLA.

	Reales.
<i>Suma anterior</i>	1.571 (2)
D. I. G. del R.....	10
D. Vitoriano Pereda.....	20
Cuatro rs. cuya papeleta ha debido extraviarse porque resultan sobrantes.....	4
Un suscritor.....	8
TOTAL.....	1.613

(1) En el número anterior al acusar recibo de la limosna de 20 rs. se pusieron equivocadamente las iniciales M. M. en vez de ser M. U.

(2) Traspusieron en la caja los números 5 y 7 resultando equivocada la suma, que es de 1.571, y no de 1.751 rs. como figuraban.

El núm. 3.º del *Boletín de la Sociedad Protectora de los Niños*, contiene los artículos siguientes:

La Beneficencia del porvenir.—Pobres niños.—Escuela nacional de niños lisiados.—A *La Epoca*.—¿Qué se hace con mi peseta?—D. José Lamela y Martínez.—La reventa de billetes de lotería.—El niño mulato.—Otro socorro.—El crimen de la calle de Recoletos.—Una súplica.—Niños perdidos.—Lista de socios.—Vacunacion.—Asfixia de los recién-nacidos.—Patronato de los niños dedicados á la venta de periódicos.—Instituto de San Pedro de Sion.—El estreñimiento de los niños.—Poesía.—Suelos.

Tomamos de él el *Dictámen* de la Sección de Intereses Morales de la Sociedad Económica Matritense, que dice respecto á la

ESCUELA NACIONAL DE NIÑOS LISIADOS.

«Excmo. Sr.: Nombrado por la Sección de Intereses Morales para dictaminar sobre la proposición presentada á la Sociedad pidiendo el establecimiento de centros de enseñanza y curación para lisiados, cábeme la honra de informar lo siguiente:

El hombre tiene el deber de instruirse y el Estado la obligación de atender á esta necesidad que tiende á llenar un fin altamente social. Se ha creído hasta el día que el Estado cumplía con sostener los centros de enseñanza oficial y llamar á las escuelas, á los institutos y á las universidades á todos los que aspiran á recibir la educación. Se deduce de aquí por muchos que el Estado tiene un deber imprescindible de obligar á todas las clases á recibir la educación, no faltando quien defienda hasta la penalidad para los que resistan á este deber. Bien mirado, la difusión omnimoda de la enseñanza es la primera necesidad del pueblo, porque sin instrucción no puede haber sociedad posible, que quien dice instrucción dice también civilización, luces, humanidad, moralidad, libertad, bienestar y prosperidad. Bajo este concepto la educación es imprescindible.

Pero ¿se instruye por igual á todas las clases? El Estado cuida de que en las escuelas sean recibidos tan solo los niños robustos y sanos. La higiene así lo dispone, y la vida de los mismos niños lo exige. Pero existe en todos los países un 10 por 100 de niños desgraciados que, por las deformidades de sus cuerpos, no pueden acudir á las escuelas, ora por el temor á la burla de los demás, ora porque tampoco pueden ser en ellas admitidos.

Me refiero, señores, no á los ciegos, ni á los mudos, ni á los sordos, para quienes el Estado tiene establecimientos especiales

donde pueden educarse; me refiero solamente á los niños disformes, contrahechos, ó mejor dicho, lisiados, y que por su propia deformidad se encuentran privados de acudir á las escuelas, y que para su desgracia, incurriendo en la ignorancia, y careciendo más tarde de un oficio que les dé pan, van á la vía pública á extender la mano para vivir de la caridad, aumentando de este modo el número de los mendigos, dando así un gran contingente al pauperismo que nos amenaza á cada momento y que nos rodea por todas partes. Haciendo un estudio de los que viven de la mendicidad, resulta que Europa tiene 12 036.000 pobres. De ellos 9.899.000 son lisiados. Estos datos son de todo punto desconsoladores, y, sin embargo, en nuestros tiempos la mendicidad es menor que en las épocas pasadas. Europa tenía en el siglo XV unos 49 millones de pobres, en el siglo XVI 47 millones, en el XVII 38 millones, en el XVIII 29 millones, y en el actual 12.036,000, esto es, una cuarta parte menos que en el siglo XV.

Los principales elementos que han contribuido á reducir todas estas cifras, son:

1.º El desarme general de los pueblos de Europa á la caída de los poderes feudales en últimos del siglo XVI, y á cuyo beneficio todos los pueblos depusieron sus costumbres aventureras, que trajeron necesariamente la guerra y la reconquista, por las costumbres del trabajo, por el amor al hogar y á la familia.

2.º La repartición de la riqueza que hasta entonces habia sido vinculada en el señorío feudal y pasó á manos comunales de los municipios y corporaciones benéficas y religiosas.

3.º La descentralización administrativa que hizo pequeños propietarios por el ahorro ó por el trabajo á más de 58 millones de habitantes.

Y 4.º La clausura de los monasterios y la reducción de los ejércitos permanentes, que han terminado con la vida monacal y con las guerras, foco de la vida de holganza que se hacia en el claustro y en el cuartel, de cuyos centros han salido los elementos más principales para sostener el pauperismo de todos los tiempos.

Conviene, pues, hacer constar que el siglo actual es el que más ha sabido reducir la mendicidad; y sosteniéndola hoy en su mayor parte los lisiados y contrahechos, nuestra principal misión está en arrancar á estos seres desgraciados de la mendicidad, colocándolos de manera que no tengan necesidad de extender la mano demandando la limosna de la caridad para su subsistencia, y haciendo así miembros útiles de la sociedad á los que hoy son sus parásitos, desgraciados seres que nacen casi en la vía pública y mueren en los hospitales, sin otra historia que la del mísero bohemio que no conoció jamás su hogar, ni supo el nombre de sus padres, ni llegó á saborear los placeres que nos proporciona el hermoso cielo que cubriera nuestra cuna. Medios existen, señores, para combatir este mal que señalo más arriba. La educación, solo la educación basta á conse-

guiirlo. Así como hay centros de enseñanza especial para ciegos y sordo-mudos, debe haberlos también para lisiados y contrahechos. En este camino no hemos de ser ya los primeros que intentemos tan benéfico fin, que ya otros pueblos se han anticipado á tan generosa obra.

Existe desde 1870, en Italia, una escuela gratuita destinada exclusivamente á la educación física é intelectual de los niños raquíuticos ó contrahechos. Esta escuela, fundada por el eminente Jicar de Netro, ha dado excelentes resultados. Hállase instalada en locales muy ventilados, rodeados de vastos jardines y provistos de aparatos de hidroterapia y de gimnasia higiénica. A su llegada los niños son conducidos al baño. El resto del día está consagrado al estudio, interrumpido con frecuentes ratos de recreo y ejercicios corporales.

Proporcionales, además, un alimento fortificante y los aparatos ortopédicos, y las medicinas que necesitan para combatir sus afecciones. El establecimiento está dirigido por un sábio médico, el Dr. Pini, auxiliado por cuatro ayudantes.

En este establecimiento, pues, entran los niños que padecen endemia, los raquíuticos, los tullidos y gibosos, los baldados y escrofulosos, como cualquier otro que tenga disformidad corporal, y se le da educación intelectual, á la vez que la ciencia le corrige sus males hasta donde ella puede llegar; y como el niño crece, y se desarrolla y robustece su sangre, y se mejora en todos sus padecimientos, al llegar á la edad necesaria lo dedican á una profesion, á un oficio mecánico, y se encuentra, al ser hombre, con que tiene en el trabajo honrado su manera de vivir, sin apelar á la mendicidad, que humilla y envilece siempre al hombre.

El ejemplo del sábio Netro lo están estudiando hoy en París, para seguirlo inmediatamente, y un Pastor protestante de Zurich se propone abrir otro centro análogo al italiano, lo que demuestra ya la bondad de su benéfica institución.

A España es al país que más le toca seguir este camino. En nuestros mercados de provincias, en nuestras ferias, en las plazas y calles más céntricas de cualquier población por donde se mire, la mendicidad se exhibe en sus más repugnantes proporciones. Legiones de enfermos, de tullidos, de cojos, de baldados, de contrahechos, en fin, se ven sobre burros, en cajones arrastrados por otros desgraciados, y en muletas, implorando la caridad, y encubriendo quizás cada uno de estos mendigos la historia de una familia de holgazanes que explotan la desgracia de un ser contrahecho.

El pauperismo llevaria un golpe mortal si pudiésemos arrancarle de sus garras á todos esos seres lisiados y desperfectos. Para esto solo se reconoce la necesidad de unos buenos establecimientos de enseñanza especial, de la índole del fundado por el Sr. Netro en Italia, y estoy seguro que, con varios de estos centros en Europa, con uno siquiera por cada provincia ó region de 900.000 habitantes, la mendicidad se veria pronto reducida á un puñado de holgazanes y de viciosos, á estos seres

degradados que en todos pueblos hay, y que en todos tiempos han vivido para tormento de los hombres honrados.

A la Sociedad Económica Matritense toca hoy proponer el medio más conveniente para ensayar en España un establecimiento donde el niño lisiado ó contrahecho reciba la educación deseada en la escuela y en el taller, siguiendo siempre las prescripciones facultativas que le señalen los profesores médicos, bajo cuya sola dirección han de arreglar su vida los asilados hasta haber curado físicamente.

Nadie más que la Sociedad Económica está obligada á hacer que este pensamiento se aclimate en nuestra patria, ya que ella fuese la que en principios del siglo abriese el primer colegio español para la enseñanza de los ciegos y sordo-mudos, y estableciese también la escuela de taquigrafía, cuando ya había fundado otras para artesanos, y varios centros para tejedores de ambos sexos, donde los operarios encontraban trabajo, á la vez que recibían la instrucción primaria y las nociones de la enseñanza tecnológica.

En este camino la Económica Matritense tiene una historia gloriosísima, porque si eso hizo en los tiempos pasados, cábele en los presentes la honra de haber dado las cátedras de agricultura, de haber sido la que iniciara con el ilustre Montesino las escuelas normales, con el distinguido profesor Bonilla las escuelas de párvulos, y con el Sr. Tró y Ortolano la escuela paleográfica española, base hoy de la carrera diplomática y de la de Archiveros-Bibliotecarios.

Y, Señores, la Sociedad que tanto ha hecho por la enseñanza, la Sociedad Económica á quien tantos beneficios debe el país, está llamada, más que ninguna otra corporación de España, á tomar la iniciativa en asunto tan trascendental.

Por todas estas razones tengo el honor de proponer:

Artículo 1.º Que se gestione del Gobierno de S. M. la creación de un establecimiento en que se recojan los niños de ambos sexos, pobres, lisiados y contrahechos, para que reciban la educación intelectual y aprendizaje de un arte ú oficio, á la vez que sean curados de sus defectos físicos.

Art. 2.º Que en dicho establecimiento tengan cabida los pensionados que quieran recibir los beneficios del mismo.

Art. 3.º Que la dirección de este establecimiento corra á cargo de profesores de medicina y cirugía y de enseñanza, según que se juzgue necesario en los estatutos y reglamentos que se formen al efecto.

Dadas las condiciones del pueblo español, la necesidad que hay de extirpar la mendicidad, y los propósitos generosos que tanto distinguen á la Sociedad Económica Matritense, no dudo de que aprobará este dictámen.

La Sociedad, no obstante, estimará lo que juzgue más oportuno.

Madrid 5 de Octubre de 1880.—Nicolás Díaz y Perez.—Aprobado por unanimidad por la Sección, en este día.—Madrid 20

de Octubre de 1880.—El Presidente, M. de Llano y Persi.—El Secretario, Vicente Pascual.

ASILO DEL BUEN PASTOR.

A continuacion insertamos las noticias que de esta casa nos dá una persona caritativa de Córdoba. Nada tenemos que añadir á lo que dice, como no sea rogar á nuestros lectores que lean y reflexionen sobre la *Memoria de un número*, inserta en el anterior de nuestra Revista, con el epígrafe de *La Arrepentida*.

Hace cinco años se estableció en Córdoba el *Asilo del Buen Pastor*, á cargo de Madres Filipensas de Nuestra Señora de los Dolores.

Existen hoy cuarenta acogidas, algunas que llaman *convertidas* han profesado en la Tercera Orden de San Francisco.

Las que renuncian á salir de la casa son *penitentes*.

Todas trabajan continuamente, y causa admiracion ver las delicadas labores que hacen mujeres que al entrar en la casa no sabian hacer nada.

Se aplican á todos los trabajos; bordan, cosen, lavan, planchan, hacen las hostias para las iglesias; esto último, que produce poco, es penoso, y cuando se vé á una mujer de veinte años pasar dias enteros, sola en una pequeña cocina, al lado de un hornillo ardiendo, aplicando los hierros, ocupada no más que de hacer su obra con perfeccion, y al hablarla se nota su tranquilidad y hasta su alegría, sin quejarse nunca de tan penosa tarea; cuando se vé todo esto y se recuerda cómo vivia, ¡cuánto hace sentir y pensar este cuadro!

Algunas acogidas, despues de educadas, salen á servir, siempre bajo el cuidado y proteccion de las Madres y Director, y aun se casan, siendo buenas esposas.

En el establecimiento reina el mayor orden, no se oye una voz; trabajando con gusto, no hablan si no se les dirige la palabra, y contestan con una compostura que admira.

Pasan privaciones de todas clases, en alimentos, en ropa, teniendo que sufrir mucho alguna vez la que es aseada, por falta de ropa con que mudarse, y se le ha oido decir: «Bendi-

to sea el Señor, que me manda lo que más me mortifica;» esto dicho con perfecta resignacion.

La última tarde que he estado, tenían una merienda muy buena; patatas y caracoles: esto para ellas era un festin.

La casa, que viven de limosna porque no podrian pagar alquiler, es de la marquesa viuda de Benamejí, y como edificio anterior á los Templarios, y donde se ha guardado mucho grano, cerrado largo tiempo, necesita reparos indispensables, y obras que le den forma á propósito para el objeto de hoy. S. M. la Reina ha dado mil reales; pero esto se empleará inmediatamente en reparar lo que amenaza hundirse.

No tienen más agua que de pozo, y las tres grandes pilas de lavar las llenan las acogidas á fuerza de brazos.

Los que creen y dicen que estas infelices se *retiran hartas de mundo á descansar*, es lástima no vean su juventud en cuanto á lo primero, y que el pedazo de pan que comen lo ganan con mucho trabajo, y por cierto que el refectorio es bien triste, sin más luz que la de la puerta, ni puede llamarse habitacion: haciendo obra se mejoraria.

Este *Asilo* no cuenta con más recursos que el producto de las labores de las acogidas, que es poco, y la suscripcion con que el vecindario contribuye, que por término medio no pasa de trescientos reales mensuales.

Dos señores Canónigos hacen cuanto pueden por ayudarles; pero muchos dias no tienen ni un céntimo las Madres.

Hay que lamentar que alguna vez acontece no poder admitir á la que quiere entrar, por no tener recursos, cuya falta hace temer por una obra comenzada y continuada con tanta caridad y abnegacion. Que no se estrelle contra el egoismo, y que los que puedan contribuir á ella, no arrojen contra las arrepentidas la piedra de su indiferencia, que es una manera de lapidar, silenciosa, pero cruel.

MEMORIAS DE UN NÚMERO.

El Reloj.

Señalaba yo la hora del medio dia en un reloj de pared, que su dueño, el relojero de la calle de..., tenia, como otros,

para la venta: desde su esfera presencié y supe lo que voy á referir.

Un buen hombre, N., estaba al servicio de una congregación religiosa de mujeres, y á medida de las necesidades, variaban sus atribuciones, por ser persona de toda confianza para todo. Ocúrrese un día ir á la estación del ferro-carril, sube en la imperial de un ómnibus que vuelca, y N. cae desde lo alto y se rompe dos costillas: llévanle á la casa de socorro. No sé si porque habia peligro en moverle, ó porque se movieron influencias para que no fuera al hospital, el hecho es que allí se quedó y estuvo muy bien cuidado.

Mucho sintieron las religiosas la desgracia de su buen servidor, que fueron á visitarle, y mucho se consoló él con la visita; pero como no podia repetirse á menudo, porque ellas no hacian vida contemplativa, sino activa caridad, recurrieron á la de un caballero, su amigo, para que fuese á ver y á consolar al pobre N.; cumplió el encargo como quien habia recibido y desempeñado otros análogos. El enfermo referia, al asíduo y piadoso visitador, sus consuelos y sus penalidades, contando entre ellas la de no saber qué hora era en el largo tiempo de la noche en que no dormia.

—¿No tienen aquí reloj?

—No señor.

—Pues es extraño; donde quiera que hay enfermos ó heridos, debe haber medio de medir el tiempo con exactitud, para que pueda haberla en las observaciones, y en el cumplimiento de lo que el médico dispone. Además, aquí vienen heridos que lo han sido por una mano culpable, y la hora exacta en que entran puede en casos ser de importancia para que el juez descubra al criminal.

—Yo no sé de eso; pero le aseguro á usted que pasar la noche sin dormir y sin saber qué hora es, me mortifica mucho. De día ya hay á quién preguntar, y hasta por los vendedores sé, poco más ó ménos, la hora en que vivo, porque hay algunos que pasan todos los días, creo yo que con pocos minutos de diferencia; pero despues que oscurece y que todos se recogen, no hay recurso. Unas veces se me figura que vá á amanecer, y tarda, tarda, tarda, en despuntar el día; otras estoy afligido pensando que aún faltan muchas horas de noche,

y á poco vislumbro el dia. Todo esto me causa una inquietud y una molestia grande: dicen que estoy nervioso; pero el hecho es que un reloj me haria mucha compañía y mucho bien.

El visitador era demasiado inteligente y demasiado bueno para considerar la pretension como un nécio capricho; sabia que, además de las necesidades del enfermo, hay las diferencias del hombre sano: recordaba á un pobre, muy pobre, á quien la oscuridad mortificaba extraordinariamente, y que decia: «si yo fuera rico, tendria mi casa alumbrada *toda* la noche como si fuera de dia,» en vez de proponerse otros gozes más materiales, ó siquiera la satisfaccion de muchas necesidades que no estaban satisfechas.

Efecto de estas reflexiones y de su mucha bondad, el visitador fuése á ver á las religiosas y les dijo lo que pasaba. No tuvieron ellas por impertinencia la pretension de N., y antes por el contrario dijeron:

—Es claro que se aburrirá mucho el pobre, sin dormir ni saber qué hora es. Mire usted, D. X., vaya usted á la calle de..., cuénteles usted el caso al relojero y pídale un reloj.

—¿Y quién lo paga?

—Nadie. Lo prestará sin interés ninguno.

—¿Sabiendo que vá á un establecimiento público, donde puede descomponerse por falta de cuidado?

—Sí señor, sabiendo que hará una buena obra, porque es un santo; crea V. que es un santo.

Con esta seguridad, fuese el Visitador á casa del relojero, y le expuso su pretension, que lejos de causarle extrañeza, le pareció muy natural.

—Pues ya lo creo, dijo, que se aburrirá el buen hombre; tome V., anda muy bien, llévesele y que le distraiga y le sirva de consuelo.

Y dió un reloj al visitador, que se encaminó con él inmediatamente á la casa de socorro.

Al ver el reloj, fué grande la alegría de N., que no cesó de encarecer todo el tiempo que estuvo enfermo, la compañía y el bien que le hacia. Habiéndose restablecido completamente, su visitador se presentó en la relojería, diciendo al relojero:

—Aquí tiene V. su reloj, y Dios le pague la caridad que con él ha hecho.

- ¿Ha servido?
- Es poco decir que ha servido, porque no viéndolo, nadie puede figurarse que un mecanismo para medir el tiempo pueda contribuir tanto á que parezca menos largo, y haga compañía á un pobre enfermo.
- Por este y otros hechos se vé la ignorancia y la injusticia de los que miran con desden las invenciones y los inventores de cosas mecánicas.
- Ciertamente; en mi larga experiencia he tenido lugar de comprobar, como las cosas materiales auxilian y dificultan á veces, la paz y los progresos del espíritu. Nada tiene de extraño, puesto que el hombre es en parte un organismo físico, y que su espíritu trasforma, y diríase que anima la materia. *Mens agitat molem.* ¿No es la inteligencia lo que impulsa la locomoción, y ha dado movimiento á ese mecanismo que acompañó al pobre N.?
- Estoy pensando que otros enfermos se hallarán en el mismo caso que él.
- Ya lo creo; al que padece se le hace el tiempo largo, y cuál más, cuál menos, á todos les gusta saber la hora que es, y padecen no sabiendo si faltan muchas para amanecer.
- Pues vuelva V. á llevar el reloj á la casa de socorro.
- Hízolo así el visitador, más complacido que admirado, por ser persona á quien las obras buenas parecen cosa muy natural, y solo se admira de las malas.
- Pasó algun tiempo; N., completamente restablecido, pero sin olvidarse de los buenos servicios del reloj, que continuaba marcando horas largas para los que padecían, y á veces la última de los que iban moribundos á la casa de socorro.
- Un dia, las religiosas encontraron al visitador, y le dijeron:
- ¡Ay! ¿Sr. D. X., no sabe V. que el relojero ha muerto?
- Sí, ya lo he sabido, y con mucha pena.
- Nosotras tenemos otra mayor.
- ¿Mayor?
- No es lo peor que ha muerto.
- ¿Pues qué ha podido sucederle más grave?
- Que ha muerto en pecado mortal.

—¿Y quién sabe eso?

—Resulta que era mason. ¡Y pensar que un hombre tan bueno se condena!

—No se condenará.

—¿Y qué remedio tiene, diga V.?

—Yo no sé qué remedio tendrá, pero creo que habrá alguno. Un santo ha dicho que cuando muere un hombre bueno, Dios envía á un ángel para que se le lleve.

—¿Eso ha dicho un santo?

—Eso ha dicho.

—Pues es un consuelo saberlo, porque no sabe V. lo que nos afligia á toda la comunidad, pensar que ni siquiera podíamos pedir á Dios por el descanso de aquella alma que hacia tanto bien. ¿Con que V. cree de veras que no se le habrá llevado el diablo?

—Creo firmemente que un ángel habrá venido por él.

12.

BAÑOS MINERALES.

En el mes de Octubre último dedicamos algunas líneas en esta Revista, á las personas cuya buena posicion les permite los viajes de recreo en el verano; hoy, por el contrario, nos proponemos ocuparnos de aquellos que, si bien pudieron sufrir los rigores del calor viendo alejarse á las personas pudientes, y por lo tanto luchando con la escasez de recursos, se ven precisados en la primavera á pedir, tal vez de puerta en puerta, para reunir penosamente algunas monedas con que atender á emprender un viaje; ¿y dónde van esos infelices? Para averiguarlo permítasenos seguir á una pareja, compuesta de una mujer de mediana edad y una niña de unos seis años. El aspecto macilento de ambas, y los harapos de que van cubiertas, dejan fácilmente comprender su mísero estado; llevan recorridas en varios dias, muchas casas de apariencia más ó menos opulenta. La mujer cuenta diferentes veces, y con singular afan, lo que vá reuniendo. La niña aprovecha los momentos que tardan en abrir para sentarse en el escalon más próximo; tal es el cansancio que experimenta; por fin, despues de algu-

nas horas, la primera exclama:—«Ya creo que habrá bastante para el viaje.»

Dos dias despues se dirigian hácia la estacion del ferrocarril tres personas; dos de ellas nos son conocidas; pues no son otras que la madre é hija que contemplábamos pidiendo; el tercero era un hombre de unos 40 años, debilitado, en términos, de que dificultosamente podia andar apoyado en el brazo de su infeliz mujer. ¡Ay! Meses antes él era el sosten de su familia con su asídúo trabajo; pero hoy es solo un pobre enfermo que de todos necesita. Llegados á la estacion, sin más equipaje que lo puesto, pidieron dos billetes y medio *de los más baratos*; y con efecto, colocados en un coche de 3.^a, emprendieron su viaje en busca de los baños minerales, en que cifraban toda su esperanza. Su modesta merienda se reducía á unos huevos cocidos y un poco de pan, poco. Las detenciones en cada estacion era un nuevo sufrimiento para aquella familia; pues sabido es el afán con que los vendedores pregonan las rosquillas, etc., irresistible atractivo para los niños; y no es de extrañar que la pobre pequeñita hiciera varias veces la demostracion de su deseo, que su madre no dejaba llegar á formular, interrumpiéndola por lo bajo con estas palabras: «calla, hijita, que papá está malo.» La niña tomaba un aspecto de resignacion, que afligia al pobre enfermo, aparentando un sueño que le permitia ocultar algunas lágrimas. Vino por fin la noche; y el frio empezó á dejarse sentir. Seguramente cada viajero acudia á los abrigos llevados á prevencion; pero estos infelices carecian de ellos, pues el manton y la capa habian ido á la casa de empeño dos dias antes para poder reunir fondos. La madre, con ese amor que ninguno iguala en la tierra, estrechó en sus brazos á su hija, como queriéndola prestar el calor que ella misma no tenía. Aquellas largas horas fueron muy tristes, y como era natural, agravóse el padecimiento del pobre enfermo, que llegó á los baños en un estado lamentable.

Unos dias despues volvian á emprender el mismo camino; pero ya solo dos personas: eran una infeliz viuda y una pequeña huérfana..... El enfermo, cuyo estado no habian comprendido ni aun los mismos médicos, no llegó á bañarse; su mal avanzó rápidamente con las malas condiciones del penoso

viaje, é inútiles fueron los sacrificios de los séres queridos que dejaba en la miseria.

Este triste relato nos hace recordar que se acerca la estación balnearia; pronto los establecimientos abrirán sus puertas á los millares de enfermos que acuden en busca de la salud; pensemos en que ciertamente habrá algunos que hayan de emprender el camino en análogas condiciones que aquella pobre familia; acudamos en su auxilio, y tengamos presente que si la primavera es la hermosa estación de las flores, no hay ninguna que iguale en fragancia, ni en belleza, á la preciosa flor de la caridad.

R.

LA FAMILIA DE DURANTE.

El día estaba hermoso, convidaba á pasear, y con esa idea, y la de tomar el sol, como vulgarmente se dice, salí de mi casa sin dirección fija; un paso tras otro, me encontré en la plaza de San Antolin, y delante de la Iglesia, de lo cual me apercibí por el sonido de la campana que invitaba á los fieles á acompañar al Rey de los Reyes en su visita á un hombre quizás robusto hace poco tiempo, y que hoy habia de prepararse á abandonar el mundo. Un impulso compasivo sentí en mi corazón atraído sin duda por aquel cariñoso llamamiento de nuestra madre la Iglesia; y me propuse seguir al sacerdote que poco tiempo tardó en salir acompañado de algunas personas con hachas. Pocas calles tuvimos que atravesar para encontrarnos en la de Carniceros, núm. 14, casa de tan pobre aspecto, que era inútil preguntar la situación de sus moradores. El sacerdote seguía sus preces con religioso recogimiento, subiendo por una tortuosa y empinada escalera, que conducía á la estrecha habitación, donde yacía el enfermo en una pobre cama: tenia enfrente un sencillo pero bonito altar cubierto con damasco carmesí, y esmerado mantel donde descansaba un Crucifijo, y un cuadro del Sagrado Corazón. Si contraste hacia aquel altar con las ennegrecidas paredes, no

era menor la blanca sabanilla con primorosa guarnicion que cubria la cama del enfermo, el cual apenas pudo incorporarse para recibir tan augusta visita. A su lado habia además de su familia, y algunos vecinos, tres señoras profundamente conmovidas. Él recibió con gran tranquilidad hasta el postrer Sacramento; y cuando salimos me prometí volver, no sé si solo llevado por un sentimiento de caridad, ó tambien por saber detalles de aquel cuadro que me habia impresionado. En efecto, apenas hube cumplido como cristiano acompañando al Señor á su santa casa, salí en direccion á la de Durante, que así supe despues que se llamaba; pero en el camino me detuvo un amigo, y trascurrieron más de tres cuartos de hora hasta que llegué de nuevo á la mísera morada. Ya el enfermo estaba solo con su familia, y nada más que la expresion de su semblante, y el aromático incienso cuyo olor aun se percibia, daban indicios de la santa visita.

Durante representaba unos 40 años, demacrado por la enfermedad, su pálido semblante daba más realce á sus ojos negros rasgados; su expresion resignada, y su recogimiento era tal, que le respeté, dirigiéndome á la mujer. Poco tuve que preguntar para que hablara, por ese impulso natural en los tristes de comunicar sus penas, y me dijo sollozando: ¿Ve usted que malo está mi pobre marido? No se van á equivocar las señoras.—¿Pero quiénes son esas señoras? la interrumpí.—Son las siervas de los pobres; acuden donde hay un enfermo pobre: ¡ojalá las hubiésemos avisado antes! Desde que vinieron no le falta buen puchero de gallina, sustancia, azúcar, bizcochos y cuanto necesita mi Francisco; ellas han traído el altar y lo han dispuesto todo; pero la verdad, como una no está hecha á pedir, mientras nos ha quedado que vender y que empeñar no hemos querido cansar á nadie. Cuando mi pobre marido estaba bueno, de nada necesitábamos, era sombrerero y ganaba bastante; pero ya hace tres meses que enfermó; y aunque tengo cuatro hijos, el mayor está en el servicio, dos son pequeños, y la segunda trabaja, pero solo gana dos reales; y cuando vela de noche 21 cuartos; ya vé V. para cinco bocas, con el enfermo, y la casa que come tambien todos los dias.—Un rato me detuve al lado de la infortunada familia; cuando salí ya no era hora de pensar en paseo, ni

mi ánimo seguramente hubiese estado para pasear; al volver á mi casa parecíame excesivo hasta el más insignificante mueble, acudiendo á mi imaginacion el moviliario de la casa de Durante. Casi maquinalmente y por ver si me distraia, tomé los periódicos; y en la revista de teatros que era extensa, se hablaba de una funcion donde por una butaca se habia dado de prima *seiscientos reales*. . . ¡Una butaca! exclamé sin poderme contener; una butaca treinta duros y la familia de Durante como la he visto! . . . Pasaron algunos dias, y aprovechando el primer momento que tuve libre, me apresuré á ir á casa de aquel desdichado. . . Ya no lo era: su viuda y sus pobres hijos son hoy los dignos de compasion. ¡Ojalá que la inspiren á quien pueda consolarlos!

R.

CRÓNICA DE BUENOS EJEMPLOS.

Un niño heroico.

Las malas condiciones en que se edifican las casas de mucha vecindad provocan horrorosas catástrofes en casos de incendio.

En este á que nos referimos aparece un héroe, colegial de trece años, llamado Cárlos Mc. Kenna, nombre que vivirá eternamente impreso en los corazones cubanos.

Hé aquí los hechos, tales como los describe nuestro estimado colega *El Triunfo*:

«El niño Cárlos acababa de ponerse su levita, y despues de tomar sus libros, dió un beso á un hermanito de pecho que dormia en su cuna, y abrió la puerta de su pobre cuarto para ir á la escuela pública.

Al abrir la puerta, encontró ya las llamas y el sofocante humo que le impedia salir; sin perder su presencia de ánimo cerró la puerta resuelto á arrostrar su terrible situacion. En aquel cuarto estaban él, el niño de pecho, una de seis años y otro hermano de nueve á diez; la madre habia salido á un recado.

Sin decir una palabra abrió las ventanas, y desde su ter-

cer piso contempló por un momento la distancia que lo separaba de la calle. Ya muchos infelices habian saltado, y los alaridos de dolor llenaban el aire. El niño Mc. Kenna llamó á tres ó cuatro hombres que estaban en la calle, y les avisó que les iba á arrojar á sus hermanos; estos se abrazaban en su terror al hermano mayor.

Cárlos cogió á la niña, y despues de darle un beso, la dejó caer en los brazos de los que la esperaban en su peligroso salto; el hermano que seguia se resistia á seguirla, y sin perder tiempo, porque ya las llamas lamian la habitacion, empleó la fuerza y le arrojó á la calle.

El pueblo le gritaba á Mc. Kenna que se tirara él, pero el niño movió la cabeza, y con aquella sublime confianza que da el deber cuando se cumple de un modo tan sublime fué á la cuna, cogió su hermanito, y colocándolo en una sábana, se colgó esta con el niño al cuello, y reapareció en la ventana, no para arrojarse, sino para alcanzar una cuerda á la cual se asió, y casi envuelto en el humo denso que salia por las ventanas, llegó á sitio donde pudo confiar su penosa carga al pueblo, que no se atrevió á hacer ruido mientras duraba el peligroso descenso.

De allí, el jóven Mc. Kenna saltó á la calle, y su primer pregunta fué: «¿Están sanos mis hermanos?...» Dejamos á nuestros lectores los comentarios acerca de este hecho. Allí, en el lugar de la escena, el cuadro era sublime, y durante mucho tiempo los atronadores hurras llenaron la calle, y el jóven colegial pasaba de brazo en brazo hasta los de su madre, que, loca de dolor, creia haber perdido en las humeantes ruinas sus cuatro hijos, y le dió el dulce premio que sólo una madre puede dar con sus besos.»